





PRIMER VIAJE DE COLÓN

15

ATENEO DE MADRID



PRIMER VIAJE DE COLÓN

CONFERENCIA

DEL

SR. D. CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

CAPITÁN DE NAVÍO

leída el día 23 de Noviembre de 1891



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, 20

1892

SEÑORES:

No sin razón estimo mi pequeñez en la cátedra desde la que os han enseñado con elocuencia y con autoridad qué significa la celebración del Centenario que España se dispone á celebrar, personas dignas de la reputación científica que tienen conquistada. Porque suele estar el conocimiento de los autores como la atracción de los cuerpos del sistema planetario, en razón inversa de la distancia al tiempo en que escribieron, habéis de consentirme que condense cuanto os han dicho los que me precedieron, con el pensamiento de un crítico relativamente moderno: el reverendo benedictino P. Feijóo.

«El descubrimiento del Nuevo Mundo—decía—suceso el más grandioso de España en muchos siglos, no se hubiera conseguido sin la magnanimidad de Isabela.....

»Porque en Fernando vemos el más consumado y perito en el arte de reinar que se conoció en aquel y en otros siglos, y á quien reputan comúnmente por el gran maestro de la política, en cuya escuela estudiaron todos los príncipes más hábiles que después acá tuvo Europa.....; *pero* en Isabel, una mujer, no sólo más que mujer, pero aun más que hombre, por haber ascendido al grado de heroína. Su perspicacia, su prudencia, su valor, la colocaron muy superior á las ordinarias facultades de nuestro sexo, por cuya razón no hay quien no la estime por uno de los más singulares ornamentos que ha logrado el suyo.»

En la narración de ese gran suceso se me ha asignado parte dificultosa, que voy á tratar discrepando esencialmente de las enseñanzas que hemos recibido, lo que os parecería raro atrevimiento si no supierais que la historia no es definitiva mientras quedan medios de información que depurar, y no empezara yo diciendo que han parecido documentos por los que necesariamente han de modificarse las opiniones hipotéticamente sustentadas.

Hoy por hoy, fundidas en una sola las ideas del descubrimiento y del descubridor del Nuevo Mundo, la admiración y la poesía han elevado la figura de Cristóbal Colón hasta la región de la leyenda en altura tal, que, dejando concebir su grandeza, no consiente determinar á los que la contemplan si principalmente procede de una percepción privilegiada, por la cual, adelantándose á sus días, presintió los juicios venideros de Copérnico y de Newton, ó si, sublime ignorante, fué instrumento elegido y guiado por la Providencia en la obra divina de llevar la luz del Evangelio al otro Continente.

Los que lo último sustentan, aprecian naturalmente la expedición de los argonautas españoles del siglo xv, de distinta manera que aquellos paganos griegos, entusiastas de la heroicidad de sus compatriotas, no satisfechos con poner sólo á Jason en las estrellas, que allá, en el firmamento, señalaron á los compañeros todos y aun á la nave que los condujo, lugar que han respetado los astrónomos de treinta siglos.

Estos modernos admiradores de Colón han adoptado en la exultación de su personalidad un método semejante al de las proyecciones fotográficas, dejando á obscuras la sala, á fin de que el foco de luz realce la imagen única que presentan. Hay que bajar la pantalla para que los documentos á que he aludido restituyan al cuadro la luz natural, y aparezcan, según vais á ver, ciento veinte españoles y en el fondo España.

Reinando en Lusitania D. Alfonso V, por carta fecha en Zamora á 10 de Noviembre de 1475, otorgó licencia y privilegio á Fernán Téllez, mayordomo mayor de la Princesa, su hija, para buscar, descubrir y poblar la isla de *Siete ciudades* ó cua-

lesquiera otra no conocida, con tal que no se hallara en los mares cercanos á Guinea, anteriormente concedidos al Príncipe, ni hubiera sido vista ni navegada por naturales de *sus reinos de Castilla y de Portugal*. La carta confirmaba otra con el mismo objeto, dada el 28 de Enero del propio año 1475.

Don Juan II, sucesor de Alfonso en la corona de Portugal, acordó varias licencias semejantes, siendo notable la de Fernán Dulmo, capitán de la isla Tercera, por cuanto trataba no sólo de dar con la isla antes nombrada, de *Siete ciudades*, sino con tierra firme que pudiera existir hacia el Oeste.

Obtenida por Dulmo la gobernación hereditaria de tales islas ó tierras que á su costa descubriera, en virtud de cédula suscrita en Santarem en 3 de Marzo de 1486, no estando en disposición de sufragar los gastos de la expedición, solicitó el traspaso de los derechos adquiridos á Juan Alfonso do Estreito, vecino de la isla de Madera, y fuéle concedido por nueva carta firmada en Lisboa el 4 de Agosto del mismo año, con inserción del contrato de transferencia, entre cuyas condiciones se incluían las siguientes:

Dulmo cedía, por irrevocable donación entre vivos, la mitad de la capitanía y gobierno de las islas y tierra firme que se hallasen, con todas las libertades, privilegios, jurisdicción y preeminencias en la carta Real de concesión contenidas, siempre que armara á sus expensas dos buenas carabelas, provistas de bastimentos para seis meses, y estuvieran á punto en la isla Tercera en todo el mes de Marzo de 1487. Dulmo y Juan Alfonso irían por capitanes de las dos carabelas, con derecho de designar los respectivos pilotos, y un caballero alemán que les había de acompañar, elegiría de las dos carabelas la que quisiera. Desde el momento de la salida, hasta pasados cuarenta días, dirigiría la derrota Fernán Dulmo, siendo obligado Juan Alfonso á seguir su carabela como capitana y á obedecer las instrucciones que recibiera por escrito. Al cabo de los cuarenta días tomaría la dirección y derrota Juan Alfonso, tocando á Dulmo entonces obedecer y seguirle, como á capitán superior, hasta el regreso á Portugal, dentro de los seis meses que se habían de emplear en la navegación total de descubrimiento.

Ningún otro escrito revela si llegaron á emprender la marcha

las carabelas, si volvieron ó no, en tal caso; lo que hace pensar en la posibilidad de uno de tantos siniestros ignorados.

Pero acaso no fué así, y la expedición de Dulmo entrara por algo en la fábrica del famoso globo de Martín Behaim, que era el caballero alemán aludido, influyendo en el juicio de los que adjudican á este geógrafo la invención del Continente americano; ello es que en los anales de Portugal no hay referencia que conmemore el viaje, silencio significativo de no haber producido resultado de notoriedad, al igual de otras expediciones hacia Occidente, que terminaron al cabo de más ó menos días sin vista de tierras.

De cualquier modo, si á la posteridad no han llegado los pormenores de aquellos intentos infructuosos, los coetáneos, singularmente los hombres de mar, interesados en semejantes empresas, tenían que conocerlos, no menos que el fundamento que alentara el empeño decidido de seguir explorando por las mismas huellas. Las Reales cédulas de concesiones y privilegios sobre tierras nuevas; los contratos de transferencia ó de compañía pasados ante notario; los armamentos de carabelas, ajuste de pilotos y marineros en condiciones excepcionales; la partida y el regreso de las naves, eran actos públicos de que tenía que hablarse en los puertos, corriendo la especie de unos á otros por la costa.

En la del condado de Niebla, tan vecina, y en contacto de relaciones comerciales, debía, pues, saberse cuanto en el particular ocurría. Huelva, Palos, Moguer, Lepe, Ayamonte, mantenían por entonces activo movimiento de embarcaciones que iban á Canarias, á las Terceras, á Madera, sin perjuicio de la navegación costera en el Océano y el Mediterráneo. De la costa de Guinea y Mina del Oro extraían esclavos negros, con que surtían los mercados de Andalucía, dando de su producto el quinto para la Hacienda pública, y por obtener el provecho de tráfico tan lucrativo, habían tenido con Portugal contiendas bien porfiadas por muchos años de los siglos XIV y XV.

Consta, por testimonios irrecusables, que en las citadas poblaciones castellanas estaban avecindados ó vivían temporalmente, á fines del último, Pedro Correa, capitán donatario de la isla de Porto Santo, casado con Iseu Perestrello, hermana

de la mujer de Cristóbal Colón; Miguel de Muliarte, marido de Violante Muñiz, asimismo cuñada del navegante januense; Pedro Vázquez de la Frontera, criado del Rey de Portugal, persona entendida en la náutica, que asistió á una de las referidas expediciones, malograda, según él decía, por la vista del sargazo, que atemorizó á los marineros con la idea de que aquella pradera flotante retuviera á la nave; Pedro de Velasco, descubridor de la isla de Flores, la más occidental ó exterior del grupo de las Azores, con otros pilotos y marineros del tráfico.

Un dia, con la prontitud que en los pueblos pequeños acelera la curiosidad, circuló en Palos la noticia de haber llegado al monasterio de la Rábida, en demanda de refacción, un extranjero que conducía un niño de la mano, y que había sido alojado en la hospedería.

Formaban á la sazón parte de la comunidad franciscana en el convento, el guardián Fr. Juan Pérez, que había anteriormente servido á la reina Isabel en oficios de hacienda y oídola en confesión, por lo cual conservaba buenas relaciones en la corte, y Fr. Antonio de Marchena, dado á los estudios astronómicos y geográficos. Ambos eran hombres ilustrados, y habían de estar al tanto en las ideas de existencia de tierras occidentales, por el contacto con los mareantes del puerto. Por vaguedad en las referencias del tiempo han sido confundidos por los historiadores los dos frailes en una sola entidad, que la crítica va separando con clara distinción y evidencia.

Cristóbal Colón, que éste era el extranjero, encontró en la Rábida descanso en la fatiga, amparo en la soledad, consuelo en la amargura y reparo en las contrariedades; bálsamo en junto que aplicar á las heridas del amor propio, presto curadas á beneficio del aroma sin igual de la esperanza exhalado de la religión. Correspondiendo por de pronto á la bondad y consideración de los monjes, abrióles el corazón, explicando la razón de su llegada; pero antes de decir cuál era, es bueno descubrir la fuente de que proceden las noticias.

Existen en el Archivo de Indias de Sevilla las piezas de autos de los pleitos sostenidos durante medio siglo por los descen-

dientes del descubridor de las Indias occidentales en pro de los privilegios que á éste fueron acordados. Irving, Humboldt, Campe, Prescot, Cantú, lumbreras de la ciencia y de la historia, no examinaron estos legajos de los pleitos, ni parece que lo hayan hecho los que sucesivamente han querido ilustrar la vida del gran navegante, aunque Fernández de Navarrete dió á conocer la existencia de los papeles por extracto de algunos que del Archivo le comunicaron. Vale, sin embargo, la pena de la difícil lectura de los originales, el caudal de datos únicos que encierran.

Inició los pleitos D. Diego Colón, segundo Almirante de las Indias, por los años de 1508, poco despues del fallecimiento de su padre. Interpretando á conveniencia suya las capitulaciones de Santa Fe, reclamaba por derecho propio el gobierno hereditario, con jurisdicción omnímoda en las islas del Océano, en la tierra firme que se extiende desde el Canadá hasta el estrecho de Magallanes, en las islas del Pacífico *y en más si más se descubriera*, con facultades que habían de darle la soberanía efectiva por allá, si bien reconocía la nominal de los reyes de Castilla.

Había pasión en la demanda, la habría también en la negación, la hay siempre en lucha de intereses, siquiera no lleguen con mucho á la entidad de los que en este proceso se ventilaban; mas concediendo que los interrogatorios fueran formulados con maña por las partes, y que las probanzas se acomodaran al fin que cada una perseguía, no cabe suponer que en el número crecido de testigos que presentaron, no hubiera quien hablara palabra de verdad, sobre todo en materias ajenas á las litigadas. La contradicción en tal caso sirve de guía al raciocinio, viniendo á ser de todos modos el proceso depósito estimable de referencias con que confrontar narraciones históricas del tiempo, no exentas de pasión tampoco, ni menos libres de errores inconscientes. Del estudio y de la compulsa de las declaraciones procede cuanto aquí expongo.

Confió Cristóbal Colón á sus huéspedes del monasterio, que residiendo en Lisboa había concebido la idea «de alcanzar el

Levante por el Poniente»; es decir, de emprender un camino directo, fácil y relativamente breve, que condujera á las regiones del Catay y de Ofir, á las minas de que se extrajeron para Salomón el oro y las piedras preciosas, á las regiones que producían especias y bálsamos, con aquellas otras materias estimadas de Oriente, cuyo comercio había engrandecido á las Repúblicas del Mediterráneo. Habiendo propuesto al Rey de Portugal la exploración de la nueva vía y el aprovechamiento de tan gran riqueza, desechó la oferta considerado el plan.

La leyenda colombina refiere que, procediendo con insigne mala fe el Monarca lusitano, mientras entretenía al iniciador del proyecto, despachaba reservadamente una carabela que tentara el camino secreto. Paréceme invención inadmisible. Don Juan II harto sabía á qué atenerse en punto á registrar el Océano, por los intentos referidos anteriormente: si negaba á un extranjero lo que con facilidad y repetición había concedido á sus vasallos, consistía (así lo dicen los cronistas) en la exorbitancia de las condiciones de medro personal que aquél quería imponer.

Esto no lo confesó Colón á los monjes: limitóse á contarles cómo, en vista de la negativa del Rey, se trasladó á la corte de Castilla, poniendo en plática su negocio con algunos caballeros principales. De ellos, varios dudaron de la sanía de su razón; los más le despidieron cortésmente, teniéndole por visionario, y como se encontrara aislado, sin recomendación, sin recursos, decidió buscar por otro lado mejor acogida, desembarazándose previamente del niño Diego, que pensaba dejar al cuidado de su cuñada Violante Muñiz. Para ello se dirigía á Huelva cuando llamó en el convento.

Si los franciscanos de la Rábida no tenían ideas exactas de la situación de los Estados del Gran Can, en punto á buscar tierras por Occidente, fueran las que fueran, no podía maravillarles el proyecto del forastero, que nada tenía á sus ojos de quimérico. Conformaba con el espíritu de investigación creado por las expediciones del infante D. Enrique, á lo largo de la costa de Africa; respondía á la afición de aventuras que el oro y los esclavos de Guinea alimentaba; era eco de las tradiciones y de aquella intuición, que ya no sólo influía en los pilotos ó maes-

tres expertos, sino en los más rudos marineros. Trataron, pues, seriamente del asunto, y pusieron al viajero en relación directa con los mareantes del puerto, cuyo saber podia acrecentar los datos que tenía recogidos.

Antonio de Herrera cuenta en las *Décadas*, que, entre las muchas maneras con que daba Dios causas á Cristóbal Colón para emprender su grande hazaña, tuvo experiencias muy notables de los hombres que navegaban á las Azores, uno de los cuales, vecino de Palos, le afirmó, *en el monasterio de la Rábida*, haberse perdido con sus compañeros en la isla de Fayal, y que á la vuelta descubrieron la isla de Flores, guiándose por las aves.

Otras noticias refiere Oviedo en su *Historia de las Indias*, á más de la tradición del piloto Alonso Sánchez de Huelva, que él mismo no creía, pero que andaba en su tiempo de boca en boca, y han repetido casi todos los historiadores de Indias, concediéndola algunos entero crédito, admitiendo otros que, por tradicional, en algún fundamento debía apoyarse. El mismo Colón apuntó en sus memorias cómo Pedro Correa y Pedro de Velasco, es decir, dos de los que residían en Huelva y Palos, le comunicaron indicios de tierras al Poniente, y otros marineros noticias vagas de haber tomado agua y leña en ellas, después de correr con temporal desde Irlanda. Ya cuando el bohemio Rosmithal visitó á España, en el reinado de Enrique IV, circulaban tales consejas, según cuenta en la relación de su viaje.

Entre los asistentes á las conversaciones de la Rábida, uno se contaba que habia de decidir en absoluto la suerte del proyecto. La historia no lo ha declarado todavía; mil circunstancias azarosas han concurrido, con las que de ordinario influyen las acciones humanas, para espesar las tinieblas de aquella edad, dejando en lo obscuro á tan notable persona; mas la verdad se hará paso; ni para restituir la fama hay prescripción, ni deja de sonar, tarde ó temprano, la hora de la justicia. Véase cómo en los autos del pleito se dibuja la figura, con trazos por diversas manos señalados.

Martín Alonso Pinzón, natural de Palos, se ejercitó en la navegación muy joven, adquiriendo entre sus convecinos y camaradas concepto de experto piloto, buen capitán, gran marinero, *sabio en mucha manera*.

Había cruzado el mar del Sur yendo á Guinea y á las islas Canarias, y corrido las costas en el Atlántico y el Mediterráneo, hasta el reino de Nápoles. Durante la guerra con Portugal se hizo temer de los enemigos, de modo que no había nave que osase aguardar á la suya; en la paz, estuvo en Roma con propósito de dar ensanche á sus conocimientos geográficos, valiéndose de la amistad de un cosmógrafo familiar del Papa, para examinar los escritos de la biblioteca vaticana, y tomar apuntes ó copias de mapas. Habiendo prosperado en los negocios, á más de la nave que personalmente mandaba, sostenía una ó dos más en beneficioso tráfico, con que se hizo acomodado y rico. En todas ocasiones dió buena cuenta de su persona, *porque no había hombre tan determinado en aquel tiempo, ni mas valeroso, ni mejor para cualquier acción de guerra ó mar*, condiciones que, juntamente con las de carácter y honradez, le granjearon entre los convecinos tanta estimación como prestigio y autoridad.

Aunque Pinzón supiera que el Rey de Portugal *había echado y despedido mal* al nauta de Liguria, simpatizando con su ideal, conformaba en dos puntos principales, á saber: posibilidad de hallar tierras navegando hacia Occidente, y probabilidad de que el hallazgo compensara sobradamente el trabajo de buscarlas.

Pienso que el acuerdo era independiente de las razones en que cada cual lo fundara. Colón, hombre de alguna ciencia, partía en sus cálculos del principio de la redondez ó esferoicidad de la tierra. Conociendo la relación de viajes de Marco Polo; sabiendo por ella que en el hemisferio opuesto al nuestro había mares cuyas aguas no se desprendían de la parte sólida, contra las teorías por entonces subsistentes, debió juzgar que en aquellas aguas flotarían las embarcaciones, y que por la continuada superficie líquida podrían ir hasta allá desde las costas de Europa. Pinzón (y en esto me aparto del concepto y de las declaraciones de sus amigos) no profundizaba tanto: su criterio empírico estribaba meramente en aquellos indicios, en aquellas tradiciones de la gente de mar antes expuestas, fortaleciéndolo, cuando más, con las opiniones de Solino, que situaban á las islas Hespéridas á treinta días de distancia de las Afortunadas ó Canarias. El práctico acertaba, sin embargo, y cometía el teórico

error enorme en la apreciación de las dimensiones del planeta terráqueo.

Observación curiosa. De hallar Colón lo que no buscaba, y del convencimiento en que murió de haber llegado al Asia, se infiere que para el descubridor del Nuevo Mundo, el Mundo Nuevo no existió.

Por resultado de las conversaciones de la Rábida que apoyaban la perspectiva de tierras ricas, concertaron los monjes con sus comensales el plan de reanudar las gestiones del genovés en la corte, poniendo en juego Fr. Juan Pérez su influencia, no solamente por medio de las cartas que dirigió á la Reina, y de las de introducción y ruegos para prelados y señores, de que proveyó al huésped, sino con la persuasión tambien de la palabra, reservando la ocasión de ponerse en camino. Pinzón, de su lado, escribió asimismo á los amigos y aun á los Reyes, recomendando el negocio, y dió á Colón 60 ducados de oro con que costear el viaje y satisfacer las necesidades perentorias. El niño Diego Colón quedaba al cuidado de los monjes, en poder de persona de confianza.

Concíbese el efecto que las cartas escritas con la autoridad de clase y de saber de los Padres franciscanos, y con la sanción de la experiencia de los marinos, había de producir en la opinión, previniendo el recelo de la incredulidad y disponiendo los ánimos contra las corrientes enemigas de la novedad y de las ideas superiores al alcance del vulgo. Con esas cartas, que daban al extranjero desconocido acceso á los magnates, entrada en la cámara Real, ocasión de desarrollar con oratoria propia y convicción personal el fundamento de sus planes; allanados los obstáculos con que principalmente tienen que luchar los pretendientes y andantes en corte, la solicitud antes desoída ó despreciada encontró en el cardenal Mendoza, en Alonso de Quintanilla en Jiménez de Cisneros, Deza, Cabrero, Beatriz de Bobadilla, apoyos de fortaleza suficiente para contrarrestar y vencer al cabo la oposición sistemática en lo general, la prudencia en los Consejeros de la Corona, la duda y el escrúpulo en los Reyes mismos. ¿No podrá decirse ahora que esas cartas de los humildes frailes y del marinero de Palos, que franqueaban las puertas del palacio, abrían á la vez las del Nuevo Mundo?

¿Cabrá duda de la influencia que en ello tuvieron los comensales de la Rábida?

¡Cuán distintamente esboza este período de gestación la leyenda colombina! ¡Qué conceptos apunta de los Reyes, de los ministros, de los prelados, de los doctores y del pueblo español todo, á fin de sublimar el sentimiento del héroe, escarnecido, obligado á mendigar de puerta en puerta *con un mundo en las manos!* El estudio comparativo del estado político, intelectual y social de las naciones europeas por entonces, que han hecho competentes escritores nuestros y alguno ajeno en demostración del desvarío de los juicios, no detienen todavía el de los novelistas, necesitado de frases de efecto.

La empresa iniciada por Colón era opuesta á la razón de Estado, fijamente determinada entonces por la guerra con los granadinos, gran paso hacia la unidad nacional. Todo lo que distrajera el pensamiento ó los recursos, harto escasos, del Erario, de la prosecución de la campaña, tenía que ser pospuesto, si no desechado, y á lo último inclinaba además la enormidad de pretensiones, que ya en Portugal había motivado el fracaso de las negociaciones de Colón. Con todo, á vueltas de incidentes, tan luego como ondeó en la torre de la Vela el estandarte de la Cruz, vinieron á firmarse en Santa Fe las capitulaciones que, ennobleciendo desde el momento al pretendiente italiano, realizaban el ensueño de su vida.

Despachado Colón de la corte, quedábale todavía no poco que hacer. Tuvo dinero, autoridad y apoyo efectivo para el armamento de la expedición. La misma villa de Palos, donde reverdeció su esperanza marchita, había de proporcionarle, de orden de los Reyes, dos carabelas equipadas, y las carabelas dieron, sin objeción ni resistencia, los alcaldes.....; los hombres no pudieron dar, no encontrando ninguno que se prestara de buen grado á las insinuaciones.

De los hechos parece deducirse que el futuro Almirante se estimaba por tal á favor de las cédulas que llevaba en la escarcela, y que hubo de olvidar un tanto los beneficios recibidos á orillas del Odiel, creyéndose allí en disposición de prescindir de los que afectuosamente se los habían dispensado. Á su requerimiento acudieron el contino Juan de Peñalosa y el corre-

gidor Juan de Cepeda, apremiando y compeliendo á la gente á que se embarcase. No hablaban los despachos sino de ir «á algunas partes de la mar oceana sobre cosas muy cumplideras á servicio de Dios y de los Reyes»; mas ¿quién había de ignorar en aquel puerto la empresa que en él se amasó? ¿A quién engañaría la prevención de acopiar mantenimientos para un año? Sin género de duda se trataba de viaje semejante al de las carabelas del Rey de Portugal, que una y otra vez se volvieron sin topar con tierra, ahora dirigido ¿por quién? por el advenedizo que vieron llegar á la Rábida. Locura fuera ponerse á su albedrío jugando la vida.

Condensada esta opinión en el pueblo, no era poderosa la amenaza ni la violencia á que llegaron los ejecutores de las órdenes Reales aprestando la artillería del castillo para vencer la resistencia pasiva de hombres que, con ausentarse, burlaban la aparente sumisión. Don Cristóbal se persuadió de la inutilidad de las medidas extremas, sin convencerse de que no le quedaran otras que tentar por recurso. Discurrió valerse de criminales, indagando la voluntad de los presos en la cárcel; solicitó y obtuvo provisión mandando suspender el conocimiento de las causas de aquellos que le acompañaran, porque, expresaban los Reyes, «para facer cosas cumplideras á nuestro servicio, é para llevar la gente que ha menester en tres carabelas que lleva, diz que es necesario dar seguro á las personas que con él fueren, porque de otra manera no querían ir con él al dicho viaje; é por su parte nos fué suplicado que ge los mandásemos dar, é Nos tuvímoslo por bien.....»

Cuán grande era la convicción y cuánto el aliento del insigne marino, dice elocuentemente la resolución de lanzarse á la mar con barcos tomados al azar y tripulados con malhechores, antes que desistir de la empresa en las alturas á que había llegado. En la perseverante decisión, el empeño de salir del puerto velaba á sus ojos la racional perspectiva de volver á él sin resultado, comprometiendo definitivamente el crédito; arriesgando aquello mismo que ya había conseguido sin vislumbre ni remota probabilidad de alcanzarlo por segunda vez tras un desengaño que malograra los gastos del armamento. Conocidas las ocurrencias de la expedición efectiva, no es aventurado presumir

el desastroso fracaso que amagaba al extranjero, de haberse confiado á la escoria de la sociedad de aquellos tiempos.

Por dicha, conocida, ya que no confesada, la impotencia, la benéfica intervención de los frailes de la Rábida y la ingerencia desdeñada hasta más no poder por la egoísta aspiración de gloria sin extraña participación, émula de la gratitud, volvieron á sentirse con oportunidad. Gracias á las razones persuasivas de Fr. Juan Pérez, Cristóbal Colón acudió de nuevo á la buena voluntad de Martín Alonso, asociándole á la empresa y tomando éste á su cargo desde entonces lo que importaba más, ó sea el armamento y equipo de naves, con el ascendiente y popularidad de su persona; con el empleo de su actividad, de su palabra y su bolsillo, las dificultades se vencieron.

Las carabelas primitivamente embargadas, fueron sustituídas por otras dos de entera confianza, pertenecientes á los que habían de ir en la expedición; se fletó además una nao de Cantabria, fuerte y buena, y si al convocar los marineros no pocos se negaron todavía á embarcar, por natural recelo de lo ignoto, viendo á bordo con Martín Alonso á sus hermanos Vicente Yáñez y Francisco Martín, á los acreditados pilotos y armadores Niños con sus deudos y amigos, oyendo las ofertas y seguridades del capitán, el amor que le tenían, con la dádiva que les consentía auxiliar durante la ausencia á las familias, acabaron con la vacilación de los indecisos, dándole Palos, Huelva y pueblos vecinos, los brazos necesarios.

«Martín Alonso, dice uno de los testigos del proceso mencionado, traía tanta diligencia en allegar la gente é animalla, como si para él y para sus hijos hobiera de ser lo que se descubriese. Á unos decía que saldrían de miseria; á otros, que hallarían casas con tejas de oro; á quién brindaba con buena ventura, teniendo para cada cual halago y dinero, é con esto é con llevar confianza en él, se fué mucha gente de las villas.»

Se tripuló, por tanto, la armada con voluntarios andaluces y con los cántabros que mandaba Juan de la Cosa, avezados á la navegación de las costas de África, Flandes é Irlanda, que era la que alimentaba el comercio nacional. Cristobal Colón, su jefe superior, los calificó de *buenos y cursados hombres de mar*, y no es mucho que le merecieran tal concepto Vicente Yáñez

Pinzón, el descubridor futuro del Brasil, autor de la carta que sirvió de padrón por donde se rigieron los que después iban á aquellas partes; Juan de la Cosa, explorador del golfo de Urabá y autor también del mapa que se tiene por monumento geográfico; los Niños, que con Guerra, Ojeda, Lepe, dieron á conocer la costa de la América central. En cuanto á las naves, declaró el mismo Colón con voto de calidad, *que eran muy aptas para semejante fecho.*

Compare el que quiera estos resultados con los del que no logró mover el ánimo de los criminales alcanzando indultos de la pena merecida con sólo acompañarle. Compare el armamento completo que ahora satisfacía á los preceptos de los Reyes, de componerse *de las mejores carabelas de la Andalucía y de toda gente fiable y conocida*, con el que no pudieron conseguir los esfuerzos extremos del aventurero desconceptuado; *del pobre loco;* del que, al decir de la plebe, quería llevar al matadero á los mareantes, y estime si en realidad de verdad pasaba por cosa notoria y pública, como por muchos testimonios consta, que si por Martín Alonso Pinzón no fuera, ni la armada se aprestara, ni Cristóbal Colón saliera del puerto, ni las Indias se descubrieran.

Esta es la verdad; de nada sirvieran á Cristóbal Colón las dotes privilegiadas que atesoraba; la tenacidad, la convicción, la certeza de sus cálculos; el amparo de los Reyes; la autoridad de las capitulaciones firmadas. Él solo no podía echarse á la mar y surcarla; sin Pinzón, que ya una vez ayudó á sacarle de la postración decidiendo la vuelta á la corte y contribuyendo al logro de sus afanes; sin Pinzón, no tuviera naves, y no pasara, por lo mismo, de arbitrista.

Un celo extraviado llevó al licenciado Villalobos, fiscal del Consejo de Indias, con ayuda del despecho justificado de Juan Martín Pinzón, á procurar para Martín Alonso la iniciativa del descubrimiento. Intentaron probar que teniendo Pinzón noticia de las Indias por escrituras sacadas de la librería del Papa Inocencio VIII, había discurrido hacer el viaje con tres navíos de su pertenencia antes que Colón cayera en ello. Que el navegante genovés, siendo informado del saber y experiencia de Pinzón, se encaminó expresamente á Palos en su busca para

imponerse en la *recuesta* de las dichas Indias; y con la información y dineros que recibió, se fué á la corte á entablar las negociaciones.

¡Intento vano! Los deudos del mismo Pinzón confesaron honradamente que nunca oyeron hablar de descubrimientos, ni siquiera de la existencia de las Indias, hasta la llegada de Cristóbal Colón. Por más ilustrado que otros, como dicho queda, así por afición como por el comercio con gentes de Italia, es de admitir que extendiera los conocimientos geográficos hasta el mayor nivel que alcanzaban, tomando nota de las obras de Aristóteles, Strabon, Plinio y Tolomeo; con todo, si estos conocimientos predisponían su discurso para no ver en Cristóbal Colón un soñador como los otros, antes bien le inclinaban á comprender, adoptar y seguir el plan del extraño, teórica y prácticamente razonado, tal plan no se ofreció antes á su mente.

El licenciado Villalobos, fiscal en el pleito, no pensó tampoco que, por negar á D. Cristóbal cualquiera de las aptitudes personales; por decir que otros le llevaban y le dirigían, no le despojaba de la autoridad y mando superior de la expedición, por cuyas condiciones esenciales recababa el lauro de la victoria, como le correspondía la responsabilidad del fracaso. ¡Á tanto llega la ofuscación en casos en que de la verdad se prescinde! Hay que dar á cada cual lo suyo. Colón, capitán general de los bajeles que abordaron á las islas índicas, tenía que ser su descubridor á todas luces, lo que no obsta para que el hallazgo, á todas luces también, se debiera á Martín Alonso Pinzón, por lo que queda expuesto.

No más justo que el Fiscal del Consejo de Indias, D. Fernando Colón, al escribir la historia de su padre, omitió las circunstancias del armamento de la expedición, pensando acaso que rebajara los méritos de su progenitor la evidencia del auxilio y participación de un hombre de las condiciones del capitán de Palos.

Bartolomé Colón, hermano del Almirante, por lo contrario, no tuvo reparo en reconocer que sin las gestiones de Pinzón el viaje no se hubiese realizado. Del mismo modo lo entendieron, como historiadores, los PP. Bernáldez y Las Casas, siendo tan amigos como eran de D. Cristóbal, y es de observar cómo el

Obispo de Chiapa, que por lo general se valía para la redacción de su *Historia de las Indias*, de la escrita por D. Fernando Colón, se apartó de su texto al tratar de los principios.

El Rvmo. Prelado cuenta cómo Colón rogó á Martín Alonso que fuese con él en aquel viaje, llevando á sus hermanos y parientes, presumiendo que debió prometerle algo, porque nadie se mueve sino por su interés y utilidad, y el caso fué que no alcanzando para el armamento el millón de maravedís facilitado por los Reyes, Pinzón prestó medio millón más.

De tan importante declaración, exenta de sospecha de parcialidad, resulta que en la asociación formada en Palos, Cristóbal Colón aportaba, con el compromiso del descubrimiento, el despacho de los Reyes y un millón de maravedís, optando á las recompensas sentadas por condición en las capitulaciones de Santa Fe, y usando desde luego de la dirección y mando con el título de Capitán general de la armada; Martín Alonso Pinzón, á nada obligado, sin conocimiento, intervención ni titulo de los Reyes, por acto espontáneo, ponía su influencia y autoridad, su persona con las de sus hermanos y parientes; en una palabra, la armada, la realidad de la expedición, con perfecto conocimiento de que la otra parte carecia de elementos que la reunieran; ponía además medio millón de maravedís, ó sea la mitad de lo que daban los Reyes; la tercera parte del costo total, y esto en cabeza y nombre de Colón, que percibiría el interés correspondiente á la suma. Si la empresa fracasaba, perdería Colón las esperanzas y las ilusiones de su vida, que constituían todo su caudal; se encontraría otra vez de andante en cortes. Pinzón, por su parte, comprometía el medio millón, sin esperanza de que un extranjero pobre, y en tal caso desconceptuado, encontrara medios de reintegrarlo; arriesgaba los bajeles, que con aquella suma componían su fortuna y posición independiente, poniendo, por tanto, en aventura lo que más se estima en este mundo.

Ahora bien: ¿podrá admitirse que el móvil de la notoriedad bastara para decidir á este hombre á una empresa generalmente juzgada temeraria en tales condiciones?

El Obispo de Chiapa, conocedor del corazón humano, decía bien: *nadie se mueve sino por su interés y utilidad.* Si Martín

Alonso se determinaba á secundar la causa de otro, por mucho que influyeran sus condiciones de arrojo y temeridad; por grande que fuera la convicción adquirida del resultado; aunque comprendiera á Colón y se estimara digno de subir con él á las regiones de la fama, como daba á entender la declaración en el proceso de Diego Fernández Colmenero, *porque era hombre de gran corazon, que trabajaba de hacer lo que otro no podiese porque de ello hobiese memoria;* para que se sobrepusiera á las preocupaciones del vulgo, desoyera los consejos de la circunspección, y sin vacilar uniera su suerte á la de un desconocido, necesario era que impulso poderoso le lanzara, y éste no podía ser otro que la ambición.

El P. Las Casas insinúa que en voz pública andaba el dicho de haberle ofrecido Cristóbal Colón la mitad de las honras y de los provechos que consiguiera, y aunque él no creía que fuera tanto, el dicho conforma con lo que consta por declaraciones en el pleito, y lo que por regla general estatuían los contratos de asociaciones parecidas que antes y después se formalizaron.

Seguramente conocería Pinzón el que hicieron en Lisboa en 1486 Fernán Dulmo y Juan Alfonso do Estreito, y concertaría con D. Cristóbal algo análogo. Considerando sobrados para una sola persona los cargos de Almirante, Virrey y Gobernador general de las tierras que se descubrieran, aspiraría, con merecimiento, á cualquiera independientemente de la granjería de las riquezas, y en ello debieron convenir privadamente de algún modo, puesto que no hay rastro de escritura que lo aclare.

La ausencia de instrumentos dificulta mucho el esclarecimiento de la verdad ; pero rechazando la sana razón y la crítica de consuno la probabilidad de que Pinzón se aviniera á sacrificar cuanto poseía por el capricho, que sería singularísimo, de servir sin objeto ni ventaja alguna los intereses de un extraño, cabe presumir, ó bien que las escrituras sufrieron extravío por las circunstancias de la muerte de Martín Alonso Pinzón en ausencia de sus hijos, ó bien que, teniendo, á fuer de hombre honrado que no faltaba á su palabra, fe en la de caballero del General de Sus Altezas, que no estaba todavía, ni había de estar hasta después de la victoria, en posesión de las dignidades

ofrecidas, fiara para luego la formalización de los compromisos. Los rasgos de carácter de Pinzón, enaltecidos por los que bien le conocieron, abonan cualquiera creencia en su favor.

Sea como ello fuera, está plenamente probado, ya se ha visto, que por Pinzón se mecían en el puerto las carabelas, en disposición de hacerse á la mar.

Llegado el 3 de Agosto de 1492, día memorable, antes de la salida del sol con media hora, se agrupaban en la playa los ribereños del Odiel, atentos á la maniobra de los bajeles que zarpaban. Embarcó Colón en el batel de la capitana, despidiéndole con bendición su confesor y amigo Fr. Juan Pérez: rompiéronse á poco los juncos del entenal, y el manso viento de la tierra, que ondeaba el estandarte de Castilla, llenó las velas, en que se había pintado el signo de la redención. Lenta, majestuosamente, cual si el maderamen participara de la emoción de los hombres que sostenía; la proa al horizonte, teñido por los arreboles de la aurora, pasaron una tras otra las naves.

Dejaron correr el llanto las mujeres por agitar en la mano los pañuelos; elevaron las gorras los hombres; palmotearon los pequeñuelos, y en grito tres veces repetido que confundía el dolor, la incertidumbre, la esperanza, el entusiasmo, el orgullo y la fe, madres y esposas, deudos y amigos, dieron el acostumbrado *¡buen viaje!*

El Diario del jefe de la armada muestra la confianza y la estimación que tenía puestas en el asociado, porque á los tres días ocurrió la primera contrariedad, sufriendo la carabela *Pinta* grave avería en el timón; y «vídose en gran turbacion por no poder socorrerla sin su propio peligro; pero perdía alguna de la mucha pena que tenía, *por cognoscer que Martín Alonso era persona esforzada y de buen ingenio*». Segunda vez se rompieron los apoyos del mecanismo, pero del mismo modo se remediaron, y se cambió el aparejo latino de la *Niña* en otro más sólido, de cruz.

Pasados muchos días, no podía escapar á la perspicacia de los marineros la observación de la constancia de los vientos; calculaban el tiempo que sería necesario para desandar aquel camino contra las corrientes, y la duración del agua potable con que contaban. Empezaba á inquietarles también el desvio de la

aguja, sospechando que por desconocida causa perdiera en aquellos mares la virtud de guiarles, y si esto ocurría á gente de mar acostumbrada á largas travesías, es de conjeturar el sentimiento de temor que pesaría sobre los ignorantes de la navegación, ajenos á aquella vida por pasar la suya entre las sierras del interior de España, viéndose en el centro del inmenso círculo de cielo y mar en la sucesión monótona de los días y las noches. Á la preocupación debió seguir el descontento; al recelo la desconfianza de llegar á un término probable. Aflojados con ello los lazos del respeto, la murmuración, la queja, la reconvención, por sus pasos, trabajaron la disciplina, llegando á la explosión del motín, si se admite lo que dan por averiguado, ó tienen escrito, que no es lo mismo, los historiadores.

Irving, Lamartine, Roselly de Lorgues, pintan con poético colorido la situación en que se vió el jefe genovés, aislado *entre una turba feroz y pusilánime*, que llegó á desconocer su autoridad poniendo en inminente peligro su vida, si bien sirvió sólo el riesgo para poner á prueba la firmeza de su resolución, semejante á la de la roca en que las olas baten y se estrellan. Alguno de estos escritores llega á decir que, contagiados del miedo los Pinzones, el mayor sobre todo, hicieron cabeza de la sublevación contra el que denigraban con los dictados de *embaucador y charlatán*, echando mano á las armas y empleando la amenaza de muerte si no volvía las proas hacia Castilla; pero el Diario del Almirante no autoriza la suposición de un suceso cuya gravedad no podía dejar de consignarse en aquel documento, relato oficial de cuantos ocurrían, y la voz pública, las declaraciones del repetido proceso y otros testimonios de índole varia, no refieren así lo ocurrido.

Cierto ha de ser que hubo recelo, muy natural entre las tripulaciones; cierto que entre el vulgo se propaló la especie de haber concertado los tímidos lanzar al agua al Comandante, y volverse al puerto de salida; con todo, la declaración de los testigos de la causa, sino en su punto, pone en perspectiva de realidad lo que en la escuadra aconteció.

En gran número, los declarantes cuentan que el desmayo de los apocados se comunicó á Cristóbal Colón, decidiéndole al abandono de la exploración y regreso á España, fuera por la

consideración de los días transcurridos en el viaje, ó bien, y es más creible, porque no se encontrara con fuerza y autoridad para contrarrestar un impulso casi general en la escuadra, y resistir á la oposición que acaso abiertamente se le hiciera. Las versiones varían mucho: quién dice que en el extremo consultó Colón de barco á barco con Martín Alonso, de manera que todos oyeron, lo que convendría hacer en aquel caso; quién asegura que decididamente cambió de rumbo y enderezó la proa á Castilla, dando por concluída su misión; y ¡cosa notable! entre cien testigos, contados los de la parte del Almirante, uno solo depuso, *de oídas*, que ocurrió motín á bordo de la capitana, con la manifiesta inexactitud de asegurar que para ello se juntaron los maestres de las tres naves. En cambio, afirmaron casi todos que cuantas veces se puso en duda la continuación de la marcha, consultado Pinzón, dijo: «*¡Adelante! ¡Adelante!*» Y con acento de sinceridad refirieron que como el jefe le dijera: «*Martín Alonso, esta gente del navío va murmurando; tiene gana de volverse, y á mí me parece lo mismo, pues que habemos andado tanto tiempo y no hallamos tierra*», contestó al punto: «*Señor: ahorque vuesa merced media docena dellos ó échelos á la mar, y si no se atreve, yo y mis hermanos barloaremos sobre ellos y lo haremos; que armada que salió con mandado de tan altos Príncipes, no habrá de volver atrás sin buenas nuevas.*» Por esto, los más de los dichos testigos, citando algunos á Bartolomé Colón en su número, juzgaban que sin Pinzón la armada se volviera y no se descubriera la tierra.

Hoy tiene la crítica depurado lo que atañe al supuesto motín de las carabelas, ficción poética á propósito al objeto de exaltar las condiciones personales del Almirante de las Indias y de encarecer los embarazos con que tropezó en la inmortal epopeya. La sublevación en armas contra un hombre solo ha pasado á la leyenda en virtud de los estudios especiales.

Las frases que los testigos atribuyen á Pinzón, cuadran tan bien con su energía, con su decisión, con todos sus actos, que no pueden dejar de recibirse por genuinas.

Seguramente Martín Alonso gritó de bordo á bordo: «¡ADELANTE! ¡ADELANTE!», palabras que debieran esculpirse por re-

cuerdo, puesto que con ellas tercera vez decidían su personalidad y su entereza el grande acontecimiento.

Á la carabela *Pinta* tocó la suerte de verificar la vista de lo que con ansia se buscaba, sin que Pinzón, que siempre fué explorando delantero, hiciera mérito de la fortuna. No pongo en duda que el Almirante asegurara de buena fe haber visto una luz de la isla, ni duda me queda de la imposibilidad material de que la viera. Percibió, durante su vida, la renta acordada á la ilusión del deseo, pero es obvio que de la *Pinta* salió el grito mágico de «¡TIERRA!» acompañando al disparo de lombarda, que puso en vilo, sobre las cubiertas, á cuantos iban en la armada, por contemplar el panorama de Guanahaní en la alborada de perpetuo recuerdo.

Sería difícil traducir en palabras la impresión de aquellos hombres que, en un principio, no darían crédito á los ojos; el efecto de la luz radiante que se entraba por ellos descubriendo la ribera de peregrina hermosura; la gala de una vegetación incomparable; la rareza y variedad de las aves; la extrañeza de gentes colocadas por la Providencia en un ambiente suave y perfumado, bajo la bóveda celeste, que allá no más se parece á la que cubre nuestro suelo europeo, que los insectos, rivales en color de las flores y de las piedras preciosas, pues que se inflama mañana y tarde de manera que forja la ilusión en ella ríos de oro y de lava fundida; fantasmas maravillosos de ópalo, de azul, de nácar, danzando sobre un fondo de pureza indecible donde se mezclan, se confunden, se deshacen á cada momento en vapores irisados, mientras la noche tiende por contraste el cortinaje aterciopelado obscuro para brillo mayor de los astros.

Presume, no obstante, el pensador los latidos de aquellos corazones en que la realidad de la dicha desalojaba repentinamente, sin transición ni aviso, las sombras de la desventura durante un mes esperada; el espontáneo brote de las lágrimas; la explosión ruidosa de la alegría; el fervor con que de hinojos elevaron al Todopoderoso la oración de humilde reconocimiento desde aquella tierra nueva.

Mi tarea pudiera acabar aquí, pues que más elocuentes narradores os han dado, ó han de dar, luces acerca de la flora, de la

fauna, de las razas, su lengua, su civilización en el mundo hallado por los marineros de que voy tratando; pero no será ocioso prolongar poco más el árido relato, por acabar el viaje y decir cómo de vuelta trajeron nueva del hallazgo.

Desde la primera, una tras otra, iban los expedicionarios registrando islas de asombrosa belleza, llenas de encantos naturales. La de Cuba, principalmente, lisonjeaba la idea de haber llegado al país de la especería y de las maravillas de Marco Polo; porque si no parecían por de pronto indicios de comunidad ó semejanza con aquel en que antaño cargaban de oro las naves de Hiram, según creía entenderse de la mímica de los indígenas, el oro existía allí en abundancia. Buscáronlo las carabelas por la costa de la misma isla sin dar con los yacimientos, por lo que decidió Colón extender la pesquisa navegando en dirección del punto que los naturales designaban con el nombre de Babeque.

En la travesía ocurrió un incidente, á que han dado los comentadores proporciones ajustadas á las del supuesto motín del golfo. Las carabelas salieron de Cuba velejeando contra el viento contrario, y como después de anochecer el tercer día refrescara mucho, resolvió el Almirante volver al punto de partida, y lo puso por obra, colocando en los palos faroles que indicaran el cambio de rumbo. En la *Pinta*, que iba delantera, no se vieron las luces; continuó, por consiguiente, la marcha, y quedó separada de las otras dos naves. Causante de la dispersión fué el Almirante, por aquella decisión repentina adoptada sin aviso previo, sin disparar cañonazos, sin ninguna de las precauciones que la prudencia recomienda á los jefes de escuadra y las reglas les prescriben; no obstante, como sea más sencillo y acomodado á la naturaleza humana achacar á otros lo que nos empece, que confesarnos autores responsables, disgustado Colón del incidente, culpó de mala voluntad á su asociado, dándose á cavilar sobre las consecuencias de la separación, que podrían, á su juicio, acelerar el regreso de la *Pinta* á España y sustraerle las albricias de tan gran nueva. Consignada la sospecha en el Diario de ocurrencias, ha sido bastante para que sobre ella levantara la fantasía novelesca otro capítulo de tribulaciones del grande hombre, á cargo del armador de la expedi-

ción, declarado sin más ni más desertor, cobarde, ingrato y envidioso, abreviando la lista de epítetos indignos.

Pinzón, que, según lo ordenado, continuó su derrota á la isla Babeque, llegado á ella, buscó fondeadero y exploró la región, despachando indios con cartas por la costa, para que si en algún punto de ella parecía el Almirante, tuviera noticia de su paradero, y tan luego como supo que los naturales habían visto otras embarcaciones, marchó al encuentro, dando cuenta al jefe de la expedición de todo lo ocurrido, y explicando cómo la separación había sido fortuita, sin haber podido él hacer otra cosa.

En el intermedio se había perdido la nave capitana, y el registro de la tierra daba á entender que su riqueza no era tanta como su hermosura, observación que agrió el carácter del ilusionado genovés. Sería natural que al ser desvanecidas las sospechas de que Pinzón quisiera usurparle la gloria de referir el triunfo de la empresa, que al verle á su lado, y de su voluntad venido, rectificara el juicio temerario que formó precipitadamente: no fué así. En público se dió por satisfecho; admitió las razones del capitán de la *Pinta*, y, por consiguiente, en el terreno de la disciplina, y en la apreciación exterior de la escuadra, quedaba terminado el incidente; pero cambiados los sentimientos del Almirante, modificando la opinión alta que hasta entonces le había merecido el compañero de Palos, dejóse llevar del rencor, y escribió en el Diario, que había disimulado con Pinzón y *tolerado sus mentiras*, porque lo cierto era que se apartó con mucha soberbia y codicia, porque los indios le afirmaban haber oro en Babeque; mas no quiso romper el designio de su empresa, lo que fácilmente hubiera sucedido adoptando medidas de rigor, porque la mayor parte de los que venían con él eran de la misma patria que Pinzón, y aun parientes suyos.

Considerad, señores, estas frases, que materia ofrecen al discurso; fuera de ellas no existe otra fuente que sirva para apreciar lo ocurrido en las costas de la isla Española, y en ellas ha tenido que apoyarse Irving, lo mismo que los historiadores sucesivos, al infamar la memoria de Pinzón, tildándole impropia é injustamente de desertor de la bandera. Sin hacer aquí examen de la palabra ni del motivo, que fuera enojoso, y lo reservo

para otra ocasión, debo insistir en que, para juzgar á Martín Alonso en el incidente de la separación de la carabela, hay que atenerse á los datos consignados en el Diario del Almirante, y optar por uno de estos dos términos: ó aceptar la declaración explícita de un hombre que siempre pasó por honrado, ó inclinarse á la sospecha maliciosa de otro hombre que no se atrevió á manifestarla.

Para los que tienen á Colón por impecable y santo, no es dudosa la disyuntiva; Colón no podía equivocarse. Los que recuerden los trabajosos principios de la empresa, y lo que el Almirante debía á su asociado; los que lean el Diario sin prejuicio, á las palabras secretamente escritas, á la sospecha oculta, á la satisfacción simulada, preferirán la franca explicación dada en alta voz, sin recelo de contradicciones, y la enseñanza de los hechos.

Mi propósito no requiere la comparación ó paralelo de las condiciones morales de los dos hombres que llevaron á cabo la epopeya del viaje; mas para librar á Pinzón de cargos injuriosos, necesariamente tengo que resumir lo que pasa por autoridad de cosa juzgada.

Los hechos acreditan que, una, dos y tres veces, por el ascendiente y voluntad de Martín Alonso, se alcanzó lo que en modo alguno lograra Cristóbal Colón, desahuciado en las pretensiones, y resuelto á pasar de España á otra nación, cuando llegó al monasterio de la Rábida; incapaz de obtener bajeles adecuados ni hombres que los manejaran, aun cuando tuviera en mano las cédulas de los Reyes, luego; impotente para vencer en la mar la repugnancia de la gente á seguirle más tiempo en el camino de lo desconocido.

Surcando el Océano, consultada la carta que se supone de Toscanelli, Pinzón propuso una dirección que no aceptó ni quiso seguir el Comandante. El estudio de la carta exacta hace ahora ver que el sentimiento instintivo, ó la práctica en la estimación de las apariencias en la mar, inspiraba al capitán de Palos un camino más directo y breve para hallar lo que se buscaba.

No he de tratar de nuevo las cuestiones de la vista de la luz de Guanahaní, ni del naufragio de la *Santa María;* bastará que

note que de la *Pinta* salió la voz de «¡Tierra!», y que esta carabela, ya que no se entienda que navegaba con toda aquella vigilancia, cuidado y acierto que acreditan las condiciones de un buen capitán, en la recalada, bojeo, y exploración de costas y escollos desconocidos, tuvo mejor fortuna que la compañera, directamente manejada por el Almirante.

Resolvió el jefe de la expedición construir un fuerte en la Española, con la idea halagüeña de sentar el pie de la dominación. Martín Alonso, con claro discernimiento, se opuso á la medida, considerándola arriesgada é inconveniente, y el tiempo justificó la cordura de un consejo que ahorrara la primera sangre con que se fecundó la tierra nueva.

Dieron la vela en regreso á España las dos carabelas que quedaban: sufrieron tremendo temporal que las apartó, llevando la de Pinzón un mástil partido. Era de presumir que pereciera, como creyó el Almirante; sin embargo, mientras éste arribaba á una de las islas Azores, donde el Gobernador le aprisionó la mitad de la gente, faltando muy poco para que él mismo y su bajel quedaran detenidos; mientras, sin que le aprovechara la lección, se entraba contra viento y marea en la capital de nación extraña, con cuyo Rey había tenido antiguas contradicciones, provocando su rivalidad y comprometiendo cuestión internacional gravísima, Pinzón, con el mismo temporal y con más peligro por el mástil roto, esquivando la costa de Portugal, tocaba en tierra de Castilla, y desde allí enderezaba el rumbo á Palos, avistando el campanario de la Rábida casi al mismo tiempo que la carabela de su hermano, conductora de Colón.

Llegaba éste convencido de haber pisado el Asia; venía el otro seguro de quedar roto el misterio de una tierra nueva.

No puede desconocerse que la navegación de Martín Alonso fué también en este viaje de vuelta más hábil, náuticamente considerada, sin caer por otro lado en el desacierto político de la del Almirante. Con todo, no ha faltado quien, á modo de homenaje rendido á tantos méritos, diga que desde Bayona de Galicia escribió á los Reyes apropiándose la gloria del descubrimiento, y que, una vez surtas las carabelas en Palos, mientras Cristóbal Colón, el aparecido de la Rábida, era objeto de ovación de las gentes de aquel pueblo en que se hizo el armamento

con los parientes y el dinero de Martín Alonso, éste se ocultaba como criminal que teme el castigo merecido, dando al despecho y á la soberbia fuerzas que aniquilaron las vitales suyas.....

¡Leyenda, malévola leyenda! Llegaba el mayor de los Pinzones gravemente enfermo de lo mucho que le fatigaron los trabajos de la expedición. Falleció á poco en el convento de la Rábida, y sepultóse con el cuerpo su memoria. El Rdo. Obispo de Chiapa escribía entonces, á guisa de epitafio: «Y porque en breves días murió, no me ocurrió más que dél pudiese decir.»

¡Criterio humano! ¡Para qué ocuparse de un difunto cuando llegaba la ocasión de hablar del entusiasmo público; de las fiestas con que se celebraba el hallazgo de las islas oceánicas; de las honras y mercedes inusitadas con que se premiaba el éxito en la persona que á su modo lo relataba! La condición de extranjero, vituperada en el período de las solicitudes, acrecentaba ahora los merecimientos del triunfador. ¡Se tocaba el fin; no había para qué traer á la memoria los medios!

Justo es, en verdad, que brille por siempre la figura de Cristóbal Colón entre los hombres más grandes de la historia y entre los bienhechores de la humanidad; en buen hora se adjudiquen los honores de inmortal que constantemente se le han tributado; mas no es tan estrecho el templo de la gloria ni tan escaso el patriotismo de los españoles, que no den lugar en aquél, ni demostración con éste, al que ambas cosas merece. Si el examen reflexivo de los puntos por mí tratados acredita que sin Cristóbal Colón no se hubiera conocido por de pronto lo que América llamamos al presente, asimismo demuestra que sin Martín Alonso Pinzón no se hubiera descubierto.

Para obtener bronce se requiere la aleación de dos metales; acaso fué indispensable la fusión de la perspicacia, de la obstinación, del saber del inventor de la idea, con la entereza, la práctica del marear, el dominio, el carácter de quien la llevara á término, diciendo siempre: *¡Adelante! ¡Adelante!* Dios quiso que las condiciones del uno tuvieran complemento en las del otro. Dios, sin duda, los juntó. ¿Por qué no hemos de unirlos en la honra cuando vamos á exaltarla?

Algo tarde otorgó Carlos V á los Pinzones, *porque de ellos haya perpetua memoria*, un escudo de armas con tres carabelas

en la mar, *é de cada una de ellas salga una mano mostrando la primera tierra que así hallaron é descubrieron.* Algo tarde, digo, porque con el blasón no salieron de la miseria á que la liberalidad del mayor los había reducido, y ya el pueblo, no bien informado, había erigido al descubridor, en su poética fantasía, el monumento más bello y duradero de cuantos entre nosotros tiene. Restaurémosle ahora, si os place, diciendo:

Por España halló Colón
Nuevo Mundo con Pinzón.



